

Todo músico debe haberse preguntado alguna vez, ¿qué es el silencio?, sintiendo el placer del contraste entre su intensa actividad sonora y la calma de la noche callada. El aprecio al silencio en oídos de un compositor se encarece por la quietud necesaria para ensamblar los sonidos imaginarios de una inspiración. Tenemos una incógnita superlativa, provocada por la creciente consciencia ecológica del siglo XXI que está influyendo en la música para tomar en cuenta al universo externo de la naturaleza sonora, al entorno y al gran espacio audible, y su vínculo con el ser humano. Recordemos que el ámbito insonoro más extenso que nos envuelve, es el silencio infinito de las estrellas.

Entre la ciencia y la percepción

Físicamente se puede definir el silencio como la ausencia de sonido, más el sonido es una resultado psicológico de la percepción de ciertas vibraciones. Por lo tanto, acudimos al procedimiento perceptivo de los seres humanos para entender al silencio. Examinaremos no sólo la fuente de vibraciones, producto de cualquier cuerpo que oscile y propague ondas por choque a través de otro cuerpo elástico o "medio," sino también a su percepción por un ser humano capacitado para interpretarlas como una sensación sonora. En tal sentido, tenemos silencio cuando: 1. Ningún objeto vibra. 2. No hay un medio elástico que propague sus ondas de vibraciones. 3. No existe humano que las perciba, o esté incapacitado, o están fuera del rango perceptivo. Como todos los objetos del universo vibran y existimos sólo dentro del aire circundante que es medio de transmisión de las ondas y fuente del vital oxígeno, descartamos las dos primeras opciones y nos enfocamos en el receptor.

El silencio humano

Examinando la tercera condicionante, el ser humano, se abre un conjunto de diversas posibilidades para mirar al silencio: Si alguna onda vibratoria escapa el rango humano de percepción de frecuencias o el umbral de intensidad, existe entonces silencio porque no la oímos. La muerte es en sí el único silencio posible para el receptor a quien le atrapa, pero si el humano está dormido, continua oyendo. También podemos soñar con sonidos y existe una "realidad" sonora imaginada, en estado consciente, subconsciente y en el mundo de los sueños. Los compositores son los expertos en escuchar sonidos en su imaginación. Son a veces puras emociones, aparecen de la nada, sin aviso, en los momentos más inesperados, y se les otorga el nombre de Musas. Pensamos en palabras, las cuales están asociadas a voces que resuenan en nuestra mente, en los mundos imaginarios del sentir y de los sueños. Sólo en profundo estado de meditación podríamos llegar a tener un silencio interior; apagando completamente los rumores del pensamiento. Por contraste, el estrés es una de las principales causas del síntoma del tinitus, o ruido interior; cuando el cerebro mismo produce la sensación sonora sin necesidad alguna de oídos, vibraciones, ni de la imaginación. Un 10% de la población padece este fenómeno de la percepción que le anula permanentemente el silencio y necesita de ruido para no ser oído.

El silencio del entorno

Desde varios meses antes de nacer, ya el embrión oye en el vientre de su madre todos sus ritmos de vida. Rodeado de agua, es donde recibe sus primeras lecciones de música, formándose el sentido del pulso y la percepción del tiempo. El sistema auditivo oye, graba y analiza todo a su alrededor esférico, esté el humano despierto o dormido. Registra en la memoria un mapa de la aparición de eventos sonoros, asignándoles un reconocimiento y marca temporal. Sólo pasan a ser percibidos los fuertes, extraños y nuevos, los sonidos que conscientemente queremos oír o los sonidos conocidos que suenan fuera de su ubicación temporal, porque al ser inhabituales pueden ser peligrosos. El oído se convierte en la herramienta de sobrevivencia más importante. Tenemos entonces aquí otro tipo de silencio: el entorno que suena inapercibido. Los sonidos de potencial peligro y de fuerte intensidad, producen un estado de alerta y logran incluso interrumpir abruptamente el descanso profundo del sueño. El oído es capaz de detectar con precisión si la fuente del sonido está cerca o lejos y de qué lugar se originó, cálculo basado en el diferencial de las dos orejas con la masa de la cabeza entre ellas.

Silencio en la lejanía

La asociación de la intensidad del sonido en términos de la ubicación física de la fuente sonora, está arraigada a la percepción y al mecanismo de defensa humana de forma involuntaria: si es fuerte o suave se entiende cerca o lejos del ser que la percibe. Al oír un sonido muy fuerte, súbito e inesperado, reaccionamos automáticamente. Si es muy fuerte, nos puede dar miedo y asustarnos, o incluso hacernos daño físico y nervioso. Asociamos sonidos fuertes con peligro, con la posible amenaza de ser lesionados físicamente por algo que está muy cerca. Lo contrario es igualmente válido: Asociamos sonidos muy suaves con la lejanía de la fuente sonora. Quietud nos brinda paz, tranquilidad, ausencia de seres o cosas indefinidas, como también soledad y vacío. Si extendemos este pensamiento un poco más allá de la lejanía, podríamos acertar que el completo silencio sucede cuando la fuente sonora se ubica lo más lejos posible, tan lejos que no se oye. Por lo tanto, en términos de espacio/intensidad, el silencio se puede definir como el sonido de la fuente sonora en el lejano infinito, o resumidamente, el silencio es "la tendencia al infinito de la distancia sonora."

Silencio comunicativo

Otra consideración en torno al silencio la vamos a examinar desde la perspectiva del emisor; cuando su intención comunicativa, sea a través del habla, música o cualquier medio de expresión, es truncada por la censura y la autocensura. El silencio comunicativo, o la eliminación de la libertad de expresión, es el silencio más cruel que nos aísla y nos extrae de la sociedad, al no poder manifestar lo que sentimos necesario decir. Cuando sucede este tipo de silencio, se eleva la intención de comunicar a grados de violencia por que el otro no nos quiere escuchar: surgen insultos, irrespeto, agresión, protestas, marchas, saqueos, guerras y muerte, el peor silencio de todos.

Silencio creativo

Trasladando este concepto a la división de funciones en la sociedad del arte musical occidental, donde el compositor, director y los ejecutantes mantienen roles separados, el silencio que sufrimos la mayoría de los compositores en Venezuela es doble: nunca escuchamos realmente lo que producimos ni tampoco la sociedad percibe los sonidos de nuestra imaginación. A pesar de ser los artistas del sonido que construimos la historia y cultura permanente de la nación, nuestra música usualmente muere en silencio.

Música de silencio ¿o de ruido?

El silencio en nuestra vida realmente no puede llegar a existir. Si estamos solos y tan lejos de cualquier ser u objeto que produzca sonidos y no hay viento, o si nos metemos en una cabina aislada completamente de sonidos externos (cámara anecoica), como lo hizo el famoso compositor norteamericano John Cage en 1951, descubriríamos entonces que estamos sumergidos en un concierto interno: el cuerpo en su plenitud sonora en incesante actividad. Después de esta experiencia, Cage compuso "4' 33'" en 1952, y causó gran impacto por su planteamiento conceptual. El pianista se sienta al piano sentó al piano y, luego de esperar el silencio del público para empezar, mide el tiempo hasta levantarse y hacer las correspondientes reverencias. La intención de Cage no era que escucháramos el "silencio," indicado en la partitura, sino hacer silencio en una situación de concierto para permitirnos escuchar el entorno sonoro determinado por el azar para dicha sala, público y momento. Nos conduce a una experiencia en la cual tomamos consciencia de que existe un medio-ambiente sonoro, que usualmente permanece en "silencio" por ser parte del ruido ambiental en un contexto de concierto.

Silencio ecológico

Si nos enfocamos en la intención de Cage, de abrir un espacio en nuestras vidas con el ritual del concierto para oír el ruido (¡o silencio!) producido por el azar, podemos considerar que "4' 33'" es quizás una de las primeras piezas ecológicas, porque enfoca la atención del oyente hacia el medio-ambiente sonoro. En la sociedad actual, hemos perdido el silencio. Vivimos aturdidos en un ambiente sónico aplastante y agresivo de incontables horas diarias. Necesitamos salvar el silencio de su extinción, por las consecuencias adversas a nuestro sistema nervioso que causa la violencia sonora del medio ambiente contaminado de ruido a niveles intolerables y dañinos para la salud. Esta enfermedad social iniciada en la revolución industrial, muestra su peor síntoma: la música se ha convertido en ruido. El emisor — que podemos ser todos — hace sonar dispositivos con gran intensidad en cualquier parte, al emanciparse del receptor asociado, de los rituales y lugares establecidos para la escucha de música. El nuevo emisor abusa en su indiferencia e irrespeto al otro imponiéndole escuchar lo mismo, y peor aún, convierte su música en ruido al hacerla sonar junto a otro tipo de música simultáneamente, resultando en cacofonía. El silencio y el ruido se convierten en verdaderos opuestos al arremetarse en alto volumen. El rumor de las ciudades, nuestro entorno acostumbrado, es ya tan fuerte que el oído no lo puede convertir en silencio, y sin silencio no hay paz.

Silencio musical

En su relación con la música, el silencio, aparece en dos espacios opuestos a su producción: inmediatamente antes y después de la emisión sonora. Llega a su punto máximo al callarse el público justo antes del comienzo de una ejecución, ya que la música necesita del silencio para empezar; así como necesitamos hacer silencio y parar de hablar para escuchar al otro. Igualmente aparece intensamente al final, en un instante tenso antes de que el público reviente en aplausos. Se origina en el comportamiento de tomar aire para hablar o cantar; haciendo un silencio al respirar. El silencio aquí es el interfaz entre la música y la realidad, y podemos afirmar que sin silencio no existe la música. Segundo, el silencio puede existir dentro del enunciado musical como un espacio de tiempo tangible y funciona de una forma similar al sonido para comunicar estructuras rítmicas y formales. Es tan efectivo y poderoso para hacer música como el sonido mismo, porque expresa orden temporal con lo más mínimo de información: la nada. El silencio musical existe sólo y cuando aparece vinculado a sonidos dentro de la música, sin considerar cualquier otro fenómeno sonoro, como ruidos externos, que ocurra simultáneamente a la escucha. En música, el tiempo es la esencia del silencio.

Conclusiones

El aspecto más fascinante del mundo sonoro, como acabamos de entender, es el silencio y dentro de él, empaquetada, existe la música. Lo hemos podido definir como un componente del tiempo, así como del espacio y la distancia. Para los seres vivos es imprescindible cultivarlo porque con él escuchamos a los otros y ejercemos el respeto de la convivencia. No obstante, debemos aprender a cuidarlo por el bien de nuestra salud: Romperlo sólo para decir la verdad y escuchar el arte de los creadores.